

SEGUNDO SERRANO PONCELA, *Antonio Machado. Su mundo y su obra.*

Editorial Losada, Buenos Aires, 1954; 227 pp.

RAMÓN DE ZUBIRÍA, *La poesía de Antonio Machado.* Editorial Gredos, Madrid, 1955; 307 pp.

Hace algunos años se lamentaba José María Valverde<sup>1</sup> de la relativa escasez de trabajos serios destinados a iluminar el pensamiento y el arte poético de Antonio Machado. A partir del excelente ensayo de Carlos Clavería<sup>2</sup>, la crítica se ha ocupado cada vez más de estos aspectos. A la ya abundante bibliografía se suma ahora la sólida aportación de Serrano Poncela, cuyo estudio aspira a ser un análisis total del hombre y del poeta. Necesitábamos, en verdad, un libro que no sólo aprovechara los nuevos materiales —inéditos hasta hace poco— para aclarar importantes aspectos de la obra de Machado, sino que además intentara explicar su pensamiento filosófico y poético<sup>3</sup>. La tarea de Serrano Poncela es difícil, dada la oscuridad de ciertas ideas del poeta y el humorismo irónico con que solía expresarlas. Pero, cumpliendo con ejemplar seriedad su propósito, nos ofrece una bien lograda interpretación del escritor y de su obra lírica.

Para comprender todo el mundo poético de Machado y esbozar una valoración de su compleja personalidad, Serrano Poncela se apoya en un método exegético que combina la filosofía, la historia y la estilística, y desde esa posición procura recrear los motivos principales y la estructura metafísica de la poesía de Machado, y situar al poeta en su momento histórico. El estudio de las formas expresivas es, para él, una parte esencial, pero subsidiaria en su libro. Dada la ininterrumpida vocación filosófica de Machado —según el cual todo poeta debía tener una metafísica expuesta, por separado, en conceptos claros—, y dado también el afán historicista de la generación del 98, el método ideológico de Serrano Poncela nos parece perfectamente adecuado a su tarea de crítico. No se intenta aquí un tratamiento detenido de la prosa de Juan de Mairena y Abel Martín, los apócrifos encargados de presentar las doctrinas filosóficas y poéticas de su creador; sólo se estudia esta vertiente esencial de la obra de Machado en relación con la poesía misma.

De acuerdo con estos propósitos analíticos, el libro se divide en los siguientes capítulos: 1, "El hombre y su mundo"; 2, "Poética de una poesía"; 3, "Los grandes temas existenciales"; 4, "La preocupación por España". Cierra el volumen un pequeño apéndice bibliográfico, que en la sección de "Ediciones" adolece de ciertas erratas y omisiones.

En el primer capítulo resume el autor los pocos datos biográficos que tenemos sobre Machado y traza su evolución de escritor. Insiste, muy

<sup>1</sup> "Sobre Antonio Machado", *Arb*, 11 (1948), 560-564.

<sup>2</sup> "Notas sobre la poética de Antonio Machado", en sus *Cinco estudios de literatura española*, Salamanca, 1945, pp. 95-118.

<sup>3</sup> Por la proximidad de las fechas, Serrano Poncela no pudo conocer el extenso y bien meditado artículo de ANTONIO SÁNCHEZ BARBUDO, "El pensamiento de Abel Martín y Juan de Mairena y su relación con la poesía de Antonio Machado", *HR*, 22 (1954), 32-74 y 109-165; a pesar de varias marcadas divergencias de interpretación, este artículo parece adelantarse a ciertas novedades metodológicas y temáticas del libro que reseñamos.

acertadamente, en la importancia que tuvo para el pensamiento del poeta la ideología asimilada durante su juventud en la Institución Libre de Enseñanza; relaciona a Machado con los hombres de su generación y se esfuerza en descubrir sus lecturas filosóficas y literarias. Serrano Poncela, autor también de un libro sobre Unamuno (cf. *NRFH*, 8, 1954, p. 432), puntualiza detenidamente las relaciones cordiales que unieron a los dos escritores y pone de relieve la influencia del pensamiento de Unamuno sobre el de Machado; luego, después de señalar las notorias afinidades con Bergson, estudia brevemente cómo, hacia el final de su vida, se acercó Machado a la filosofía existencialista de Heidegger<sup>4</sup>.

Si bien la poesía lírica nunca puede explicarse en su más recóndita esencia mediante una racionalización de tipo filosófico, Serrano Poncela, por la naturaleza misma de la obra comentada, entra necesariamente en el terreno filosófico para reconstruir los principales andamiajes teóricos de la amplia poética de Machado (cap. 2). Gracias a su bien lograda sistematización estudia —por primera vez, que sepamos— la significación y el uso de las imágenes en esta poesía, ateniéndose sobre todo a los textos de *Los complementarios*. Cuando analiza los grandes temas y sus variados matices en la obra del poeta (cap. 3), los relaciona con la angustiosa interrogación acerca del sentido de la existencia que caracteriza en mayor o menor grado la mejor poesía de Machado. Así, Serrano Poncela se afilia a la larga serie de críticos (Guillermo de Torre, María Zambrano, Carlos Clavería, López Morillas, Ricardo Gullón y otros más) que se han fijado en las raíces existencialistas de la obra de este poeta.

En el capítulo final se estudia con agudeza cómo, en *Campos de Castilla*, la voz de Machado se incorpora definitivamente a las preocupaciones de su generación. Serrano Poncela discrepa del punto de vista habitual, que suele sobreestimar esa obra, y en este juicio lo acompañamos sin reservas. *Campos de Castilla* es el libro más popular de Machado, y el que más lo acerca a la circunstancia político-social de España, pero, debido a los motivos extrapoéticos de ciertas composiciones, es poco representativo de la veta más pura del poeta. Sin embargo, al referirse a los “valores afectivos del paisaje”, Serrano Poncela encuentra en ese libro, desde luego, notas de auténtica emoción lírica, alejadas ya de todo compromiso con las tendencias y objetivos de su generación. A modo

<sup>4</sup> El tema es sumamente delicado. Sin ánimo de desvirtuar las fecundas relaciones establecidas a base de textos fidedignos entre Machado y el filósofo de Friburgo, me permito llamar la atención sobre un pequeño dato bibliográfico que parece desconocer Serrano Poncela. Toda la parte en prosa del *Cancionero apócrifo: Abel Martín* se publicó en la *ROcc*, 12, núms. 35 y 36 (mayo y junio de 1926), 189-203 y 284-300, o sea un año antes de la aparición de *Sein und Zeit*. Aunque Serrano Poncela no se apoya en *Abel Martín* para precisar el alcance del contacto con Heidegger, el dato es interesante porque Sánchez Barbudo (art. cit., pp. 139-156) se esfuerza por demostrar cierta precedencia en las ideas de Machado, basándose en esa publicación de mayo y junio de 1926. Sobre el mismo tema cf. además JULIÁN MARÍAS, “Machado y Heidegger”, *Ins*, 8 (1953), núm. 94. — Por lo demás, las bibliografías corrientes sobre Machado no recogen ese dato de la primera publicación de la parte en prosa del *Cancionero apócrifo*. Tampoco lo recoge Serrano Poncela, aunque sí tiene cuidado de incluir datos bibliográficos sobre la continuación del *Cancionero* en la misma *ROcc*. Obsérvese, finalmente, que Machado agregó la mayor parte de esas obras, con las fechas 1924-1925, a la segunda edición de sus *Poesías completas* (Espasa-Calpe, Madrid, 1928).

de apéndice, complementan este estudio unas reflexiones sintéticas sobre los apócrifos Martín y Mairena<sup>5</sup>.

Contamos ya con varios libros sobre Antonio Machado (Pérez Ferrero, Montserrat, Serrano Plaja, Pradal-Rodríguez, etc.) y con muchos valiosos artículos que se ocupan de aspectos parciales de su obra, pero no teníamos un libro de tales proporciones, y con un enfoque tan amplio y ambicioso de la poesía de Machado. Como nada es definitivo, y como la obra de este poeta es tan profunda, sugerente y compleja, es seguro que los finos análisis de Serrano Poncela tendrán que ser objeto de ampliaciones y rectificaciones. De todos modos, su libro es una notable contribución a los estudios sobre el pensamiento y la poética de uno de los mayores poetas españoles de nuestro tiempo.

Dada la orientación general de la nueva crítica, que tan excelentes pruebas de su seriedad ha dado en la obra de Amado Alonso y de Dámaso Alonso, quizá sorprenda que Serrano Poncela no se haya ocupado más de las formas expresivas de la poesía de Machado<sup>6</sup>. Precisamente, al proponerse un estudio de esas formas poéticas, el bien logrado libro de Ramón de Zubiría, publicado un año después, viene a completar la visión total de Machado, hombre y poeta. Dos libros, pues, con propósitos y contornos distintos.

Discípulo y amigo de Pedro Salinas en la Universidad de Johns Hopkins, el joven profesor colombiano Zubiría ha heredado del maestro la perceptividad y el dominio de las técnicas estilísticas. Gracias a ello ha podido llevar a cabo con feliz éxito un ensayo de esta índole, en el cual se une al análisis riguroso una pasión decidida por la lírica de Antonio Machado. Según se desprende de las palabras de agradecimiento, desaparecido Salinas, otro gran poeta, Jorge Guillén, alentó a Zubiría en la preparación de su trabajo. Quisiéramos poner de relieve, antes que

<sup>5</sup> Serrano Poncela parece conceder demasiada importancia a los recién exhumados "cuadernos de clase" en la pequeña sección "España en su literatura" (pp. 198-206), especie de suplemento al estudio que antes ha hecho de las ideas críticas del poeta sobre los valores contemporáneos. Véase E. ANDERSON IMBERT, "Papeles", *Sur*, 1954, núm. 227, pp. 66-67.

<sup>6</sup> No obstante, hay que recordar la intención de Serrano Poncela; siguiendo su anunciado propósito de reconstruir la metafísica de Antonio Machado, arranca de la siguiente posición crítica: "Así, junto a la estética de las formas se alza hoy de nuevo un poderoso movimiento que busca en la *Stimmung* o «temple» creador, el significado de la creación artística. La importancia decisiva de lo formal está dando paso a una más profunda interpretación del clásico «sentimiento trascendental» que llega, por caminos metafísicos, hasta la apertura del ser poético como manera de expresar el hombre su afán de trascendencia desde la existencia finita que le ha sido dada" (pp. 7-8). En una buena reseña sobre el mismo libro (*Asom*, 1954, núm. 4, pp. 90-94), RICARDO GULLÓN cita la segunda frase del párrafo que acabamos de transcribir y formula las naturales objeciones a tal tesis, preguntando cómo es posible analizar la poesía dejando de lado sus formas expresivas. Sin embargo, hay que tener en cuenta las palabras con que Serrano Poncela matiza en seguida su concepto teórico: "... Así, el camino que vamos a seguir para el logro de una más amplia y profunda perspectiva del poeta y su poesía, partirá, no sólo de la crítica estilística, sino de una preocupación metafísica y un supuesto historiográfico combinados" (p. 8). Como ya dijimos, el aspecto estilístico es cosa subsidiaria en la obra de Serrano Poncela, pero dudamos que su trabajo, como afirma Gullón, se convierta en libro de polémica por su orientación crítica.

nada, sus méritos principales: máxima claridad en la exposición de su pensamiento, cuidadosa interpretación de los textos, fina penetración en la esencia de la poesía misma, y, por último, probidad y generosidad en el uso de la abundante crítica anterior. Sus juicios no nos parecen nunca caprichosos, sino pensados con rigor analítico y fundados en una gran sensibilidad poética. La obra de Machado queda entera —no sufre una fría autopsia—, y se beneficia con el talento exegético de Zubiría. Con toda modestia y honradez, nos ha presentado *su* Machado; ha procurado ver la obra como un todo armonioso y revelar el secreto de su unicidad. Sin pretensiones de haber dicho la última palabra, muy bien sabe Zubiría que la gran poesía es “objeto de perpetuo juicio, ya que, por exacta que nos parezca una interpretación, hay siempre la posibilidad de otro distinto planteamiento” (p. 10). Por lo demás, no hay ninguna nota de agresividad en su libro. Es, en suma, un trabajo bien organizado y que cumple con su objeto: un análisis interior de la poesía de Machado. La lectura atenta de esta obra comprobará que nuestros elogios no son tan desmesurados como parecen serlo a primera vista.

Al comentar en 1933 la tercera edición de las *Poesías completas* de Machado<sup>7</sup>, Pedro Salinas apuntó la dirección crítica que ahora aprovecha Zubiría: la unidad esencial de la poesía de Machado, y en su libro sobre Darío<sup>8</sup> demostró ampliamente la teoría de un gran tema vital con variaciones. Zubiría, por su parte, encuentra el eje y la raíz de la creación de Machado en el tema del tiempo. En la insistente preocupación por el tiempo vienen a confluír los demás motivos característicos de su lírica. Zubiría parte de un análisis temático: el tiempo (cap. 1), el sueño (cap. 2) y el amor (cap. 3). Cada uno de estos capítulos se divide en secciones destinadas a matizar el tema correspondiente. En la segunda parte del libro (capítulos 4-6) se estudia la teoría poética y el estilo del escritor. Completan el tomo unas conclusiones sintéticas, un apéndice sobre las formas estróficas y una bien ordenada bibliografía.

No es posible comentar todo el rico contenido del libro, pero un recorrido, necesariamente rápido, por sus principales secciones servirá quizá para orientar al lector. Recordando, en el capítulo inicial, la famosa definición de la poesía como diálogo del hombre con su tiempo, Zubiría demuestra con originalidad cómo y con quién *dialogaba* Machado: con sus apócrifos y, poéticamente, con la mañana, la tarde, la noche, el agua y la fuente<sup>9</sup>. Estudia luego el motivo del reloj como símbolo de la angustia temporal; el tiempo en las cosas; las cosas en el tiempo, y, por último, como necesario final, la presencia de la muerte. Los capítulos 2 y 3, que tratan respectivamente del sueño y del amor, son los más completos que tenemos sobre estos dos aspectos capitales de la lírica de Machado. A pesar de su profundo tradicionalismo, Machado es poeta único. Pocos poetas se le parecen. Hay, sin embargo, una excepción: Bécquer. Salvando las distancias, confirman esta afinidad, ya señalada por Moreno Villa, José Luis Cano, Bousño y Lapesa, el constante soñar despierto y la fecun-

<sup>7</sup> *Literatura española, siglo xx*, México, 1949.

<sup>8</sup> *La poesía de Rubén Darío*, Buenos Aires, 1948.

<sup>9</sup> Recientemente HUGO W. COWES ha estudiado este último tema en “El motivo de la fuente en la poesía de Antonio Machado”, *Sur*, 1955, núm. 234, pp. 52-76.

didad creadora de los momentos de vigilia en ambos escritores<sup>10</sup>. Para Machado el sueño es una forma de conocimiento, un modo de refugiarse y de revivir un pasado, toda una fuente mágica de auténtica poesía. Zubiría logra iluminar los infinitos y nada sencillos matices de tan apasionante cuestión. Si la crítica se ha ocupado mucho del sueño en Machado, ha estudiado menos el tema del amor. Zubiría arranca del *Cancionero apócrifo*, donde el poeta expresa la teoría amorosa de Abel Martín, y analiza los diversos componentes y gradaciones de lo erótico; una vez más, aunque el autor no lo señale, es curioso el parecido con Bécquer (posible fusión de amor-poesía, sueños y aspiraciones de mujer). De manera convincente, Zubiría muestra en la primera parte que los tres grandes temas y sus múltiples variaciones o subtemas están íntimamente relacionados con la obsesionante preocupación por el tiempo.

La segunda sección del libro (cap. 4-6), menos extensa que la anterior, está dedicada a un análisis de los procedimientos estilísticos de que se sirve Machado para dar expresión a sus grandes temas. Las mismas formas confirman el afán de captar la emoción del tiempo y corroboran la tesis fundamental de Zubiría. Al rastrear la teoría poética de Machado, no sólo se apoya en los textos conocidos, sino también en los nuevos documentos, y hasta en las cartas a Guiomar. Zubiría aprovecha sabiamente el proyecto del discurso académico y recurre, con más frecuencia que otros críticos, a la fuente de la poesía misma. Al minucioso estudio formal (símbolos, imágenes y metáforas, adjetivo, verbo, adverbio, combinaciones estróficas y rimas) sigue, como corolario de su poética, una rápida revisión de la crítica de Machado y sus opiniones sobre poetas anteriores y actuales.

La figura de Antonio Machado ha alcanzado singular relieve en los diez últimos años. Si antes los poetas se sentían más íntimamente enlazados con la fecunda dirección poética marcada por la obra de Juan Ramón Jiménez, la auténtica voz lírica de Machado es quizá la más estimada y preferida en los círculos poéticos de hoy. Cada día se hacen más frecuentes los homenajes a Machado. Entre los más recientes recordemos, de pasada, la exposición efectuada en París a principios de 1955 por ciertos pintores, entre ellos Picasso y Miró, y también el homenaje que le rindió la juventud universitaria en la Universidad de Madrid, en mayo del mismo año. Las dos obras que hemos comentado, cada una dentro de su propia ideología crítica, se complementan; confirman el valor de Antonio Machado como poeta y como artista consciente; llegan oportunamente, y constituyen a la vez una digna y seria aportación al mayor esclarecimiento del mundo poético del gran escritor.

ALLEN W. PHILLIPS

University of Chicago.

<sup>10</sup> HELIODORO CARPINTERO ha publicado ahora otro testimonio de la admiración de Machado por Bécquer: "Unas páginas casi desconocidas de Antonio Machado", *Ins*, 10 (1955), núm. 116. Zubiría se refiere a estas relaciones (pp. 216-217) cuando enfoca la crítica literaria de Machado como ampliación de su poética; Serrano Poncela, en cambio (p. 205), parece olvidarse de las notas de Machado sobre Bécquer.